

CONTENIDO

**OPERACIÓN
PLUTONIO
239**

CONTENIDO

CAPÍTULO I

Ferrara Ferrari 125

CAPÍTULO II

My Name is Panama 171

CAPÍTULO III

Norma Diburga 181

EPÍLOGO

El Rey de Sota 211

ADVERTENCIA

*Operación Plutonio 239 es una novela.
Por lo tanto, personajes y diálogos son
ficticios, aunque se mencionen nombres,
lugares y situaciones verdaderas.*

*“Ninguna adversidad sucederá al justo,
pero los malvados serán
colmados de males. . .”*

Salomón. Proverbios

“El que anda en el peligro, ¡en él perece!”

Sentencia Bíblica

CAPÍTULO I

FERRARA FERRARI

— Soy Ferrara Ferrari, dijo a secas. Vengo de Milano, del norte de Italia. Traigo una carta para usted de María Luccia Clementi. ¿Cuándo podré verlo?

— Cuando usted diga —contesté—. Escoja la hora y el lugar...

— En el restaurante Nápoli de Obarrio a la una de la tarde... ¿Le parece bien hoy?

— ¿Hoy? Me parece bien.

Llegué a la cita quince minutos antes, bajo un sol que estallaba sobre el pavimento. Una brisa tenue agitaba los olores a gasolina quemada de los automóviles que se apretaban en una fila impenetrable y en una selva de bocinas furiosas. El calor sofocante hizo que entrara al establecimiento en busca de un sitio confortable, pues

quería ofrecer a la inesperada amiga unos momentos agradables.

Nápoli es un restaurante italiano amueblado con sillas tapizadas de paja de Viena, mesas cubiertas con manteles blancos y sobre éstos un recipiente con agua mineral. No falta la clásica canasta de pan francés y guindados en lugar visible, quesos provolone y jamón serrano. Al fondo, un horno con leña donde se prepara la pizza. Colgados en las paredes cuadros de la Bahía de Nápoles, del Renacimiento y la gran bota de Italia con sus mejores vinos.

A la hora exacta bajó de un taxi del Hotel Continental una bellísima mujer que impactó a los comensales por su porte juvenil y esbelto. Su cutis nacarado y sus ojos grandes de un verde aceituna se enmarcaban en un rostro perfecto.

Me levanté y me dirigí a darle la bienvenida. Su estampa reconocible era la descripción que me había trazado cuando hablábamos por teléfono y me decía que era periodista de la *Giornalli Internazionali Italiana*.

— ¡Hola, soy Fernando Arellano!, dije, expresándole mi saludo.

— ¡Hola, hola!, contestó ella muy amable.

Su voz era baja y sensual. Hablaba el español con dificultad, aunque lo suficiente para entender sus ideas.

La guié hasta la mesa separada en el rincón derecho del comedor. Se acercó el mozo y me pidió que eligiera el vino.

— Lagrima di Christi, dije. Un vino rojo que pensé le gustaría. Ella hizo un gesto de aprobación y en ese instante se escapó de su cuerpo un olor sensual que me llevó como por arte de magia a la presencia de María Luccia Clementi. Sonrió coqueta y dijo suponer lo que me acababa de ocurrir...

— ¿Qué?, le pregunté.

— El krazy krizia, contestó.

¿Cómo lo pudo saber? Una fragancia seca que le fascinaba a María Luccia y que usaba permanentemente.

Ferrara vestía un suéter de lino liviano, pantalón corto, zapatillas tropicales, aretes pequeños, reloj de pulso y un anillo de graduación de la Universidad de Bologna. Lucía un peinado corto para verano, a la garzón.

No tardó el mozo en regresar a la mesa con el vino, pidió a Ferrara que lo probara, sirvió el antipasto y preguntó qué íbamos a comer de plato fuerte.

— Elija usted, dije a Ferrara.

Ella ordenó fettuccini verde a la bolognesa, pollo a la cacciatore y ensalada mixta; como postre tarta de manzana y después un amaretto i caffè.

El empleado dio la vuelta y se dirigió a los otros clientes que empezaban a solicitar sus cuentas.

— ¿Cómo está María Luccia?, le pregunté.

— Está bien. Vive en Taormina, ciudad balneario de Sicilia, cerca de Palermo. Lo recuerda muchísimo. Me recomendó que le hablara con sinceridad, con absoluta confianza, que usted es la persona indicada para ayudarme en la misión que me propongo. ¿Tienen largo tiempo de no verse?

— Muchos años.

— Es una mujer buena... una profesional estupenda.

— Supe de su matrimonio, me envió una tarjeta de invitación a la ceremonia de su boda.

— Pero, ¿se ha puesto triste de pronto?, me preguntó.

— Un poco... son los recuerdos... o la edad.

Ella sonrió con una picardía que al mismo tiempo encerraba comprensión.

— No se ve usted mal, me dijo. Ella me contó de la amistad de ustedes.

— Dígame Ferrara, ¿en qué puedo ayudarla?

— Ya le diré, me contestó, pero antes abra el regalo que María Luccia le envía.

Abrí el regalo.

— ¡Qué hermosura!, exclamé. ¡Una edición de lujo de La Romana, de Alberto Moravia!

— De Alberto Pincherle, aclaró sonriente, su verdadero nombre.

— Lo sé, le dije. Es la novela cumbre del neorrealismo italiano, la conciencia social del escritor comprometido con su época.

— Bajo un paraguas de sexo y la manta fría del fascismo, agregó ella.

— Así es, continué. He leído algunos de sus libros: El Conformista, Agostino, La Desobediencia, Los Cuentos Romanos, selecciones de sus colaboraciones publicadas en el Corriere della Sera.

— Dentro del libro viene una carta, me observó.

— Ya la vi, contesté. ¿Me permite leerla?

— Claro, léala. Aprovecharé para hacer una llamada.

Ansioso tomé el sobre, reconocí la letra y leí en silencio, con emoción entrecortada:

“Querido Fernando:

Te sorprenderá esta carta. Te la envío con el mismo amor de siempre. Como sabes, dejé la corresponsalía de guerra. Ahora escribo una especie de memoria para

un editor de Roma. No puedo olvidar tu América Latina, mi América Latina. Pero la vida es una punzada en el corazón que nos dibuja el tiempo. ¡Qué sentimental estoy! ¿verdad? ¡Sí! Estoy muy sentimental acordándome de ti...

Te diré que mi hija trabaja en el cine italiano y ya cumplió los veinticuatro años. Es de la misma edad de Ferrara. De ella te diré que se inicia en la corresponsalía extranjera pero no te engañes por su juventud. Es talentosa y ya ganó un premio por un trabajo de periodismo investigativo que hizo en Indochina el año pasado. Es una burguesita que me recuerda mis años cuando empecé mi carrera y nos conocimos en aquel avión que viajaba a Buenos Aires desde tu patria, ¿recuerdas?

Ahora, quiero pedirte algo que sólo a ti puedo hacer: que orientes a Ferrara y la cuides en la tarea que piensa cumplir. Es muy importante pero peligrosa. Es algo que hay que publicar antes de que ocurra una desgracia. Ella te la contará personalmente.

Con amor,

María Luccia"

Ferrara volvió a la mesa. Me levanté y la invité a sentarse.

Con un gesto me dio las gracias. Levantó la copa:

— ¡Proeset!, dijo

Chocamos las copas.

— ¡Proeset!, dije.

Bebíamos sin hablar mucho. Hasta nosotros llegaban los acordes de la canción napolitana *Retorna a Sorrento*. Se oía un leve tintineo de las lámparas de cristal de murano y cuando acabó la música volvió el camarero a servir el vino.

— Me parece que la realidad se nos fue con la canción, dijo Ferrara.

El comedor comenzaba a desalojarse, porque generalmente lo frecuentaban ejecutivos de empresas que tenían que laborar jornadas vespertinas. Afuera la tarde ardía por el calor cada vez más intenso que se traslucía en los rostros de los transeúntes que se veían fatigados a través de los amplios ventanales de vidrio del restaurante.

Sentados contemplábamos cómo limpiaban las mesas y el olor de los platos llegó hasta nosotros.

— ¿Le gustó recibir noticias de ella?, preguntó.

— Mucho. Yo la quiero y la recuerdo. Me escribe que usted tiene que decirme algo personal.

De pronto el taxista entró al establecimiento y volvió la mirada a muchos lados en busca de Ferrara hasta que la divisó.

Se acercó y le preguntó si él tendría tiempo para comer. Le contestó que tomara el tiempo necesario y que luego harían un recorrido por la ciudad.

— La acompañaré, interrumpí. En Panamá no estará sola. Espero no le incomode...

— De ninguna manera. Así conoceré mejor esta hermosa ciudad.

Comíamos guardando la compostura que exigen las reglas de urbanidad.

— Lea esto, me dijo de plano, dando corte al diálogo e imponiendo su palabra directa y precisa. Me entregó el recorte de un cable internacional de una agencia noticiosa:

neutrones al que se somete al uranio 238, que se encuentra en la naturaleza. El plutonio 239 se utiliza como combustible para reactores nucleares.

— Conozco algo de eso, dije. Sé que el plutonio debe ser transportado en estado de óxido, como arena muy fina y que dicho transporte marítimo finalizará en el año 2010.

— También es verdad. La carga de plutonio de noviembre de 1992 fue la más grande en la historia de la era nuclear. El barco que transportó y transportará el plutonio es el Akatsuki Maru (el antes Pacific Crane). Es propiedad de la empresa Sea Bird, Ltd., de Tokio, un subsidiario de la Compañía Pacific Nuclear Transport Ltd. (PNTL) involucrada hace varios años en el transporte de materiales nucleares. 1,7 toneladas de plutonio reciclado es suficiente para producir muchas bombas atómicas.

— Ferrara, observé. El Akatsuki Maru no pasó por el Canal de Panamá.

— No pasó esa vez, es cierto. Sin embargo, eso no indica que no pasará. Es más, —agregó ella— se calcula que faltan 40 embarques que ya están programados. No hay que olvidar que Panamá es la vía más rápida, la más directa y la más cómoda. ¡Y también la más peligrosa!, —concluyó—.

— ¿Porqué la más peligrosa?, pregunté

— Porque a partir de 1994 habrá tres tipos de embarques: combustible gastado, plutonio y basura radioactiva,

lo cual va a incrementar la proliferación de estos materiales en los mares sobre todo en el Canal. Greenpeace está muy documentada al respecto.

— ¿Y qué pasaría si ocurriera un accidente en nuestra vía de agua?, volví a preguntar.

— Desaparecería Panamá, contestó Ferrara, y siguió explicando. Si un incendio, una explosión o un choque hiciera abrirse los contenedores de plutonio llevaría a la evacuación masiva de la población del país; morirían miles de personas de cáncer y mutaciones genéticas a largo plazo. Los daños alcanzarían a toda Mesoamérica.

— ¡Sería una catástrofe!

— ¡Sería un holocausto!. Es increíble que los panameños no tomen conciencia de la grave realidad en que viven y que no tengan una ley inflexible que prohíba el paso de esta nave, reafirmó Ferrara.

— Cuando los barcos escogen la vía de Panamá, ¿cuál es la ruta que siguen desde Europa?

— El buque navega por el Océano Atlántico, por el Estrecho de La Mona entre República Dominicana, Puerto Rico y el Mar Caribe. Luego de pasar por aquí, sigue rumbo al Océano Pacífico hasta llegar a Japón. Más de 15.000 millas náuticas, explicó Ferrara.

— Hay otras rutas, ¿no?

— Hay tres opciones: El Canal de Panamá, el Cabo de Hornos en América del Sur o el Cabo de Buena Esperanza, en Sudáfrica.

—Ferrara, dije. Toda esta contundente exposición que me ha dicho tiene un propósito definido, una explicación que no me ha dado todavía.

— Así es, señor Fernando, dijo. ¿Le puedo llamar Fernando a secas?

— Trátame con toda confianza. Seré tu mejor amigo...

— Gracias, y extendió su mano y apretó la mía.

Bueno, escúchame, —dijo—. Un barco que transporte plutonio se convierte en presa apetecible por parte de naciones, organizaciones o personas que desean entrar en el terrorismo o el chantaje nuclear. Los barcos navegan con gran lentitud, al extremo que demoran hasta setenta días desde Europa hasta Japón. Entonces no sería difícil capturarlos o atacarlos. Esta amenaza es tan seria que el Departamento de Defensa de los Estados Unidos presentó una recomendación en que sostenía que aun cuando se observan las precauciones más cuidadosas, nadie puede garantizar la seguridad de la carga contra un incidente de seguridad. Yo vengo a cumplir una misión que tiene que ver con el terrorismo o el chantaje nuclear en el Canal de Panamá, —concluyó—.

El taxista apareció en el comedor para decirle que estaba a sus órdenes.

— Iré al hotel un momento, dijo.

— Iré también a mi casa y dentro de una hora pasaré a buscarte.

Pedí la cuenta al mozo y le dije a Ferrara que la llevaría en mi auto en el recorrido por la capital.

— Correcto, contestó.

Llegué puntual, a las cinco de la tarde, como habíamos convenido.

Comenzamos el paseo por Panamá La Vieja, el más rico patrimonio de arquitectura colonial. Caminando por los jardines llenos de maleza le expliqué:

— El sevillano Rodrigo de Bastidas descubrió el istmo en 1501. Tres siglos duró este período sangriento. Pero —agregué irónico— es absurdo hablar de historia a una descendiente del Imperio Romano. Ella sonrió. Desde estas playas que estás viendo —señalé las aguas— partieron los españoles a la conquista de América del Sur. Al fondo de las tumbas de estas tierras encontraron tesoros que son testimonio de la cultura alcanzada por los indios. Joyeros del tiempo, recogieron el oro en los cauces de los ríos y lo trabajaron como si fuera cera dúctil. Lo vaciaron, martillaron, laminaron, soldaron y aplicaron al

cobre e hicieron yelmos y mascarones, cinturones y brazaletes, orejeras, narigueras, cascabeles, pectorales para collares, labraron la piedra y moldearon el barro, en una alfarería multicolor que permanece en vasos, platos y vasijas de arcilla que no ha podido devorar el tiempo. Eran maestros en la pintura sobre rocas y piedras, artesanos insignes en la cestería y en la confección de tejidos. Habitaron en bohíos contruidos con pencas de cocoteros, paja y madera rústica, agrupados en pequeños caseríos cercados por altos palenques de madera clavados en el suelo, empalizadas que los protegían de las fieras y de las tribus enemigas.

Vivían casi a la intemperie, siempre bordeando la orilla de los ríos, las costas, los lagos e islas que les permitían la pesca fácil, uno de los medios vitales de subsistencia.

Los españoles trajeron la techumbre de madera, con balconería, las celosías andaluzas. Esto fue a finales del siglo XVI, cuando comienzan a construirse los edificios públicos de cal y canto. Señalan las Crónicas de Indias que había tanta piedra en Panamá que este material fue llevado para construir las fachadas de los edificios de Lima, Perú.

— ¿No te canso?, pregunté.

— ¡Al contrario! Estoy fascinada de que me des estas explicaciones.

Y continué:

— En 1671 el pirata Enrique Morgan acabó con la antigua ciudad de Panamá, la Reina del Pacífico, como la llamaban, la urbe de mayor importancia en América Latina. Inglaterra y Francia emprendieron durante esa época una piratería violenta contra España, que se había transformado en la primera potencia mundial. Como puedes observar, Panamá La Vieja constituye un valioso conjunto colonial de arte que vino con los arquitectos, constructores, artesanos, carpinteros y talladores ibéricos.

Es la Panamá Vieja de corsarios y piratas, de leyendas y batallas heroicas; la ciudad que agoniza bajo el musgo de los años que empañan las piedras del olvido, junto al rumor del mar que agita las voces del recuerdo.

— ¡Qué hermosa punta aquella que se prolonga en la bahía!, señaló Ferrara.

— Allá se trasladó la nueva ciudad, después de su destrucción. Te llevaré hasta el paseo Las Bóvedas, que está detrás de esa punta.

Tomamos por la vía Cincuentenario, seguimos por la Avenida Balboa y entramos por el Mercado Público al barrio de La Catedral. Observamos las ruinas de edificios que se salvaron de los terremotos y los incendios que padeció la ciudad a comienzos del siglo XVIII.

En una placa tirada en la calle se leía que la ceremonia de inauguración de la nueva ciudad se llevó a cabo el 21 de enero de 1673.

Le hablé sobre la seguridad de la urbe y le expliqué que la protección de la ciudad se había hecho mediante murallas de roca que tenían entre diez y quince metros de altura y de tres a cuatro de espesor. Un ancho y profundo foso separaba la ciudad del resto de tierra firme —proseguí—. La muralla estaba armada con artillería de bronce y coronada por garitas a cada doscientos o trescientos pies.

— Toda una leyenda de corsarios y piratas, dijo Ferrara.

— Un pasado que trajo mucha sangre al istmo.

— Fernando, —me interrumpió— cambiando de tema: ¿es posible conocer el Golfo de Panamá?

— Claro que es posible. Tengo una embarcación en el Yatch Club de Amador.

— Tengo licencia de patrón, de capitán de lancha, y derecho a la navegación de cabotaje, dijo ella.

— También la tengo yo. Esta noche voy a prepararlo todo. Saldremos mañana a las seis de la mañana. ¿Está bien la hora?

— ¡Fantástico!

Ferrara caminó hasta la vieja garita situada frente a la Embajada de Francia, bajó los peldaños por una escalinata maltrecha y ya en la playa, haciendo un movimiento negativo con la mano derecha, gritó:

— Huele mal, y subió apresurada.

Fuimos al auto y emprendimos el retorno al hotel, pues Ferrara deseaba estar en condiciones para el viaje a la mañana siguiente.

El fondeadero estaba repleto de botes, lanchas y yates. Comenzó a irse la oscuridad seguida de un viento frío que provenía del sur. Allá, a lo lejos, casi imperceptible, una lancha se deslizaba veloz. Se oía por doquier el ruido de motores. Frente a nosotros pasó un barco con una gran chimenea, cargado de trabajadores. Otro descargaba su mole maciza sobre aguas del Océano Pacífico. A su lado, una lancha apenas tocaba el mar con la quilla. Llegamos al final del pequeño muelle donde estaba el “Gualandai”.

Era un yate de casco forrado en fibra plástica endurecida, por lo que en su pintura blanca no se notaba ningún efecto de la acción corrosiva del mar. Toda la obra muerta también era de un blanco inmaculado, a excepción de la borda, bitas y escovenes que estaban pintados de azul; el casco, bajo la línea de flotación, de minio rojo, con lo que me sentía orgulloso de cumplir con los colores patrios.

La proa se prolongaba sobre las aguas en una fuerte pasarela desde la que se podía apreciar en su plenitud la marcha sobre las aguas, o bien lanzarse al mar como si se tratase de un trampolín.